

12238

95-6

Octe 31/170

LAS QUINTAS,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

1948

MADRID.

EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1870.

L47 - 5907

2-03

1875

LAS QUINTAS

D. FRANCISCO PEREZ CUBIARRIA

MADRID

EN LA TIENDA DE FRANCISCO PEREZ CUBIARRIA
CALLE DE SAN JUAN, 10. MADRID. 1875

LAS QUINTAS.

José Rodríguez

LAS QUINTAS

LAS QUINTAS,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

Estrenada en el Teatro de Lope de Rueda, en 28 de Setiembre de 1870.

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1870.

PERSONAJES.

ACTORES.

CLAUDIA.....	SRTA. FENOQUIO.
ROSA.....	SRTA. ÁLVAREZ.
JULIAN.....	SRES. VICO (hijo).
PEDRO.....	PARREÑO.
PERICO NO-MATAR....	J. GARCÍA.
DON RUFO.....	CORTÉS.
GIL.....	REIG.
EL PORRO.....	MEDEL.
ALDEANO 1.º.....	CATALÁ.
IDEM 2.º.....	PUGA.

La accion en un pueblo de Aragon.
Años de 1851 y 1859.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los *Sres. Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

Insignificante es el mérito de esta obra para llevar á su frente su nombre de V., tan conocido en la república de las letras; pero yo no puedo olvidar que el mio figura en la continuacion de *El Diablo Mundo*; que nos unen estrechos lazos de amistad, sincera y leal, y sobre todo que le quiere á V. con el alma, su apasionado

El Autor.

Las dificultades de la teoría de la vida han
llevado a ciertos seculares de V. a un concepto
en la filosofía de las letras; pero ya no puede
olvidar que si algo figura en la configuración de
la vida humana que nos una con otros seres
de esta vida, si bien y así, y sobre todo que se
tiene a V. con el alma, en el momento

ACTO PRIMERO.

Paisaje.—Á la derecha del espectador la casa del tío Pedro; á la izquierda la de Rosa. En segundo término, y en el promedio de la escena, una cruz sobre dos escalones practicables. Al fondo montañas cortadas por un abismo.

ESCENA PRIMERA.

CLAUDIA, aparece en el dintel de la puerta de su casa, con el delantal recogido, echando trigo.

Pí... pí... pí... vamos, vamos,
no se sale del portal. (Cerrándole.)

Gallinas más correnonas

no las he visto jamás.

Ay! que en esto se parecen

á los hombres; nunca están

recogidos en su casa,

que es donde deben estar.

No señor, de pindongueo...

Y eso, que yo, á la verdad,

no debía... pero ¿dónde

en el mundo se hallará

un marido como Pedro

y un hijo como Julian?
Calla, y veo que se olvidan...
hoy es día de podar
el majuelo y es preciso
llevar las mulas... ¡Julian!
¡Pedro! (Gritando y golpeando la puerta.)

ESCENA II.

CLAUDIA, PEDRO, JULIAN, con una legona al hombro.

- PEDRO. Ajá; chilla otro poco;
nada, chiquia, chilla más.
¡Voto á un rayo! que parece
que te rajan por mitad.
- JULIAN. ¡Padre!
- CLAUDIA. Pues digo que el genio
que has echado es para echar
á cualquiera al hoyo. (Compungida.)
- PEDRO. Ea,
ya la soltó.
- JULIAN. Claro está;
tiene usted unas salidas!...
- PEDRO. ¡Tambien tú! Voto al pilar
que sostiene á la Patrona
que no me faltaba más.
- JULIAN. (Padre, si madre sospecha,
se muere.)
- PEDRO. (Dices verdad.)
- CLAUDIA. Deja á tu padre que grite
y tenga mal genio.
- PEDRO. Cá.
- CLAUDIA. Que ofenda á Dios.
- PEDRO. No haya chanzas.
- CLAUDIA. Y á la Virgen del Pilar.
- PEDRO. Repara bien lo que dices,
que á bruto me ganarán;
pero lo que es á cristiano
y á ser español y á amar
á la Patrona, no hay madre
que pára otro Pedro! Bah!
- CLAUDIA. Entónces en vez de triste

y adusto, ¿porque no estás alegre?

PEDRO. Porque...

JULIAN. (Á Pedro.) (Silencio.)

CLAUDIA. Motivos tienes.

PEDRO. Ya, ya,
si los tengo! (Para ahorcarme
de un tronco del encinar.)

CLAUDIA. Digo! ¿te parece poco
que el chico esté libre ya
de las quintas?... Verdad, hijo?

JULIAN. Madre...

PEDRO. (¡Voto á Barrabás!)

CLAUDIA. Hace dias tambien era
un mar de llanto, sí, un mar;
que se acercaba el sorteo
en que entraba mi Julian
y se acercaba mi muerte.
Dios tuvo de mi piedad
y puso en su mano un número
de los mejores.

PEDRO. Ajá,
de los mejores, no mientes.
(De los primeros.)

CLAUDIA. ¿Verdad?

PEDRO. (Fué el uno, con que no entiendo;
si llega el chiquio á sacar
otro mejor, va á presidio
por toda la eternidad.)

CLAUDIA. No me extraña que tu padre
tenga la cara de agraz,
aunque debiera estar hecho
un rabel de Navidad;
extrañame tu tristeza.

JULIAN. Madre, usted comprenderá
que no siempre se halla el horno...

CLAUDIA. No me acabes el refran,
que ya te comprendo; Rosa
tiene la culpa.

JULIAN. No tal.

PEDRO. Chiquio coge los avios
que hoy tu madre charlará

- por los codos, si la dejan.
- CLAUDIA. No, pues no se ha de marchar sin que antes queden los novios como dos santicos. Sal, Rosica, sal al momento.
- (Llamando á la puerta de la casa de Rosa.)
- PEDRO. Dando papilla estará á su abuela, que de abuela ya no puede comer pan.
- CLAUDIA. ¿Tú que sabes?
- PEDRO. Diantre, tienes una mollera lo más...
- CLAUDIA. Lo que tengo es que no vivo cuando está triste Julian, y hace dias que en su cara no para el gozo.
- PEDRO. Cabal.
- CLAUDIA. Si tú le vieras con otros ojos...
- PEDRO. ¿Tendré que cegar?
- CLAUDIA. No es eso; es que tú al mirarle le miras con frialdad.
- PEDRO. Como tú ni más ni menos.
- CLAUDIA. Justo, ni menos ni más.
- PEDRO. ¿Cómo demonche le miras tú?
- CLAUDIA. Yo, con el mismo afan con que miran su hermosura las muchachas del lugar en las aguas de la fuente que sombrea ese parral.
- PEDRO. Chiquio, coge la legona, que hoy tu madre va á parar á la Gavia.
- CLAUDIA. (Llamando.) ¡Sal, Rosica!
- ROSA. (Saliendo.) ¿Quién llama?
- JULIAN. (Con alegría.) ¡Rosa!
- ROSA. (Id.) ¡Julian!

ESCENA III.

DICHOS, ROSA.

PEDRO. Nada! se empenó.

CLAUDIA. (Á Pedro.) Ya empezas
á gruñir? ¡Cuánto veneno!

PEDRO. (No hay duda que estoy yo bueno
para escuchar sus ternezas.)

CLAUDIA. Mira... mira... (Por los novios.)

PEDRO. ¡Vuelta y soba!
si supieras que tu hijo
va á ser soldado, de fijo
que no andarias tan boba.)

CLAUDIA. (Á Julian.)
No, si no me llamo á engaño
al verte tan fino amante;
mucho cariño delante
y detrás mucho regaño.
Claro! nunca en mi presencia
viene á picaros la mosca,
ni me poneis cara fosca,
ni me armáis una pendencia;
pero apenas vuelvo yo
la cara, Dios nos asista,
no habrá diablo que os resista;
por fuerza.

JULIAN. Pero...

CLAUDIA. No, no;
la broma hasta aquí.

ROSA. Mas...

CLAUDIA. Nada;
que despues de la contienda
otros se ponen la venda
siendo yo la escalabrada.
Julian, alegre hasta aquí,
no es ya ni su sombra.

ROSA. Pero...

CLAUDIA. Nada, Rosa, que no quiero
que siga Julian así.

ROSA. Madre Claudia, estoy perpleja;

usted me ofende si acaso
piensa que yo...

PEDRO. No hagas caso,
hoy está loca la vieja.

CLAUDIA. Calle usted, tío insolente.
—El cielo sabe, hija mía,
que nunca te ofendería.
Te he visto niña inocente
sumida en triste orfandad
crecer al par de tus flores;
he sentido tus dolores
y he visto con ansiedad
tomar arraigo en tu pecho
á ese amor, que es mi alegría.
Quién sabe; quizá algún día,
bajo ese pajizo techo
que ha visto mi vida entera,
tendré mas seres de hinojos
para cerrarme los ojos
el día que yo me muera.

PEDRO. ¡Otra!

JULIAN. ¡Madre!

ROSA. Calle usted.

CLAUDIA. No, si no es para afligiros;
es sólo para deciros
lo mucho que gozaré
si Dios es servido en darme
nuevos hijos.—¡Ni en el cielo!
ellos serán mi consuelo;
ellos vendrán á cuidarme;
por si me da algun desmayo,
siempre estarán junto á mi.

PEDRO. Claro, siempre junto á tí,
y á mí que me parta un rayo.
Bien cumples los mandamientos.

CLAUDIA. Si, que tu genio es de broma
para andar con nietos.

PEDRO. Toma!
siempre estarán más contentos
conmigo que no contigo.

CLAUDIA. Calla, que no puede ser.

PEDRO. Si lo has de ver.

- CLAUDIA. Lo has de ver.
- PEDRO. Quita allá!
- CLAUDIA. No me desdigo!
- JULIAN. Pero, madre!
- PEDRO. ¡Voto á brios!...
- JULIAN. Que es locura tal afan,
y hablar de cosas que están
sólo en la mente de Dios.
- PEDRO. Ya se ve. ¡Si es lo más plomo
tu madre!
- CLAUDIA. ¡Pedro!
- PEDRO.. ¡Más ruda!
- CLAUDIA. Pronto saldremos de duda
si Dios nos da vida.
- PEDRO. ¡Cómo!
- CLAUDIA. Cómo? Haciendo lo que has dicho
distintas veces.
- PEDRO. Distintas?...
- CLAUDIA. Si el chico libra en las quintas,
se casa.
- ROSA y JULIAN. Oh!
- PEDRO. ¡Claudia!
- CLAUDIA. Es capricho
hacer que dure el noviajo,
cuando es lo más conveniente
que ellos se pongan al frente
de la casa y el trabajo.
Luego, tengo otra razon
para que haya boda.
- PEDRO. Cuál?
- CLAUDIA. Nuestro hijo tiene un rival.
- PEDRO. Gil.
- CLAUDIA. Su padre es ricachon.
- JULIAN. Pero un infame sin ley.
- ROSA. ¿Qué cuidado puede darte,
Julian, si no he de dejarte
ni por Gil ni por el rey?
- JULIAN. ¡Feliz quien tu amor alcanza,
Rosa! Tus frases sencillas
son bienhechoras semillas
que hacen brotar la esperanza.
¡Quién sabe si estos momentos

- son los últimos!... (Cogiéndola una mano.)
ROSA. ¡Dios mio!
JULIAN. Mas volveré. Yo confío
en Dios y en tus juramentos.
CLAUDIA. (Á Pedro.)
(Mira qué tiernos están!)
PEDRO. Mucho.
CLAUDIA. Si ha de ser que sea.
Hoy sabrá toda la aldea
que se casa mi Julian.
PEDRO. Claudia!
CLAUDIA. No hay más.
JULIAN. Pero, madre...
PEDRO. Claudia, que cierres el pico.
CLAUDIA. Mas...
PEDRO. De la boda del chico
sólo se encarga su padre.
CLAUDIA. Pero...
PEDRO. Nada, entra en la casa
á arreglar pronto la cena...
CLAUDIA. Pero...
PEDRO. (Colérico.) ¡Claudia!
CLAUDIA. Es una hiena.
Ven, hija, ven. ¿Qué le pasa?

ESCENA IV.

PEDRO, JULIAN.

- JULIAN. Padre, es ya necesidad
que acabe tanta patraña;
ya quien engaña se engaña.
¿Á qué ocultar la verdad?
Si está contenta mi madre,
es lo cierto que su hijo
va á ser soldado.
PEDRO. Colijo
que eres un zopenco.
JULIAN. ¡Padre!
PEDRO. Justo. Cuando yo tolero
que haya engaños, es claro
que aquí en el magín preparo

un plan.

JULIAN. Diga usted...
PEDRO. No quiero.

JULIAN. Eh?
PEDRO. Vas á meter la pata.

JULIAN. Pero...
PEDRO. Y á tomarlo á oprobio...

JULIAN. No entiendo.
PEDRO. Como eres novio,
no ves.

JULIAN. Hable usted en plata.

PEDRO. Pronto saldria de apuros
si hablara de esa manera.
Digo, si aquí me pusiera
á echar pesetas y duros;
digo, si irias despues
soldado.

JULIAN. El afan me mata.

PEDRO. Bien: te hablaré, si no en plata,
al estilo aragonés.
Sin rodeos, sin afeite;
nada, clarito.

JULIAN. Eso quiero.

PEDRO. Julian, hombre sin dinero
es un candil sin aceite.
Oros son triunfos, es ley;
para el pobre nunca escampa;
el rico busca la trampa
y el rico no sirve al rey.
Tú eres bueno, mas sin bienes;
todos no somos iguales;
tú no tienes lo que vales,
pero vales lo que tienes.
Y como esto es tu persona,
véle allí que no vales nada;
que á la gente no le agrada
la persona que no abona.
Quiero decir que es razon
que te palpés y te mires,
y, en fin, chico, que no tires
cocos contra el agujon.
Que echés el orgullo á un lado;

que dejes de hacer extremos;
tu madre y yo no queremos
que vayas á ser soldado.

JULIAN. ¿Cómo evitarlo?

PEDRO. Hay un hombre
que me ha ofrecido dinero
para librarte, y yo quiero
que tú lo aceptes.

JULIAN. Su nombre?

PEDRO. Lo diré sin más empacho;
el padre de Gil.

JULIAN. Jamás.

PEDRO. Pero...

JULIAN. Nunca.

PEDRO. Loco estás.

JULIAN. De Gil!...

PEDRO. Qué importa, muchacho?

JULIAN. Del hombre que se ha propuesto
deshonrar á la mujer
que amo yo?... no puede ser.

PEDRO. ¿Deshonrarla? Por supuesto!
Dí más bien que le ha picado
el bicho que á tí te hiere.

JULIAN. Y si ella á mí me prefiere
¿por qué es tan tenaz y osado
que no la deja vivir,
y entre amenazas y quejas
pasa la vida en sus rejas
dando que hablar y mentir?

PEDRO. Cá! machaca en hierro frío.

JULIAN. Ya sé yo que en vano lidia;
pero le roe la envidia...

PEDRO. Tu-tu-tu-tú...

JULIAN. No me fio
de Gil.

PEDRO. Deja á Gil que ladre,
que en este asunto es un cero;
quien me ha ofrecido dinero
no ha sido Gil, es su padre.
Y claro que lo ha de dar
por cuenta de su trabajo
sin meterse en el noviajo.

- JULIAN. Pero tener que aceptar
un favor...
- PEDRO. Otra te pego;
el amor te ha vuelto topo.
Prefieres coger el chopo?
- JULIAN. Sí.
- PEDRO. Julian!...
- JULIAN. No hay más.
- PEDRO. Reniego!...
- JULIAN. Odio á Gil.
- PEDRO. Voto á mi padre,
que eres todo un zascandil.
¿No ves que tu odio hácia Gil
es la muerte de tu padre?
Qué! ¿nada vale la vieja
que habita bajo esas cañas?
Te ha llevado en sus entrañas.
¿Nada vale? ¿Así se deja
sumida en dolor profundo,
sin duda porque la ves
sin fuerzas?...
- JULIAN. Padre...
- PEDRO. Porque es
un soplo? ¡Si este es el mundo!
Engríete, ya que puedes.
¿Qué fuera del roble erguido
sin ese soplo perdido
entre esas cuatro paredes?
- JULIAN. Padre, me está usted matando.
- PEDRO. Tú á mí con tanto egeísmo.
Ingratos!... ¡Siempre lo mismo!...
- JULIAN. Pues bien, á todo me ablando.
Venga pronto ese señor,
y acepte usted su dinero.
- PEDRO. De veras? (Con alegría.)
- JULIAN. Pero...
- PEDRO. No hay pero;
que nos hace un gran favor.
- JULIAN. ¡Favor! si está en su interés
que yo me vaya al servicio,
cómo quiere?...
- PEDRO. No hagas juicio:

ya lo veremos despues.

JULIAN. Siento deber á un contrario...

PEDRO. Descuida, que no desbarra.

(Si acaso don Rufo marra,
aún queda el arrendatario.)

Alguno se acerca.

JULIAN. (Mirando.) Sí,
es Perico No-matar.

PERICO. (Dentro.) Tio Pedro, se pue pasar?

ESCENA V.

DICHOS, PERICO, frotándose las manos, riéndose y encogiéndose de hombros; detalles que caracterizan á este personaje.

Ademas hablará muy alto.

PEDRO. (Yéndose á Perico en ademan colérico.)

¿Qué vienes á hacer aquí?

PERICO. Jé, jé, jé!—Vengo... está claro,

porque usted lo ha prohibido;

la privacion, tio Pedro,

es causa del apetito.

Apenas me vido usted,

cuando hace un mes nos golvimos

de la ciudad este y yo,

convertios en dos quintos... (Alzando la voz.)

JULIAN. Silencio!

PEDRO. Si no te callas!...

PERICO. Demonche, siempre me orvido...

PEDRO. Por eso, entónces, te dije,

y por eso te repito,

que ni á cien leguas asomes

la cara por estos sitios.

Que no quiero que se entero

mi mujer de lo del chiquio,

y tú no sabes callarte.

PERICO. Cá, no señor; soy lo mismo

que un difunto; más callado

que la rueda de un molino.

Pero ya se vé! usted dice

que no venga aquí, y es lícito

que yo me queme y requeme

por asomar el hocico.
Por otra parte, me irrita
que me tengan por un mirlo;
no señor, yo no soy eso.
Ahora voy yo, correndico,
é decir á la tia Claudia
que ya es sordado su hijo,
y que pronto va á largarse
con el chopo...

PEDRO. (Dándole un puntapié.) Toma, indino.

PERICO. Ay, ay, ay!

PEDRO. Lárgate pronto.

PERICO. Pero...

PEDRO. Ó hago un *estropicio*.

JULIAN. Echa á andar.

PEDRO. Sí, que se vaya.

JULIAN. Ven y cavarás conmigo.

PERICO. ¿Yo trabajar? un demonio.

Á donde voy ahora mismo
es á casa del alcalde.

JULIAN. Á qué?

PERICO. Toma, que ha venio
un soldado y quiero verle.
No sé por qué me encandilo
siempre que veo un soldado.
Como voy á ser amigo
de toos. Julian, no seas tonto,
anda y verás que dos chirlos
tiene aquí, salva la parte,
y qué bigotes de erizo,
y qué mochila tan guapa,
y qué chacó tan pulido.
Anda y vete acostumbrando,
que al fin y á la postre, chico,
tú tambien...—No digo nada.
(Demonche, siempre me olvido...)

JULIAN. Eres, Perico, muy bruto.

PEDRO. Eres muy bruto, Perico.

PERICO. (No han tomado mala tema;
todos me dicen lo mismo.)

PEDRO. (Á Julian.)

(Vete con él; y de lo otro

- descuida, que yo...)
- PÉRICO. (Mirando á la derecha.) Este tío
sí que me carga y revienta.
¡Ya se vé! como es tan rico,
hace medida su boca,
y hace ley de su capricho.
- PEDRO. ¿De quién hablas?
- PÉRICO. De don Rufo.
Tambien es soldado su hijo.
—¡Mucho ojo, Julian, mucho ojo!
que el mozo está derritado
por tu novia, y si se empeña...
Qué?
- JULIAN. Le romperé el bautismo.
- PEDRO. Hay quien dice que el tal Gil
ha jurado ser marido
de Rosica, ántes de poco;
y como Gil es un niño
mal educao, y su padre
es tan rabieta y...
- PEDRO. Perico!...
- PÉRICO. Bien, hombre, no he dicho nada.
(Uy! parece un basilisco!)
- PEDRO. (Á Julian.)
Déjame á solas con él.
- JULIAN. ¡Padre!...
- PEDRO. Vete.
- PÉRICO. Conque...
- PEDRO. Chito.
- PÉRICO. (Mire usted que es mucho empeño
que no he de soltar el pico,
cuando soy lo más prudente
que hay en todo este circuito.)

ESCENA VI.

PEDRO, D. RUFO.

- PEDRO. (Dirigiéndose á D. Rufo con cariño.)
Don Rufo!
- RUFO. Pocos cumplidos.

- PEDRO. Pero...
- RUFO. Al grano.
- PEDRO. (¡Hombre más brusco!)
- RUFO. ¿Está usted solo?
- PEDRO. Con Dios,
que está en todas partes.
- RUFO. Justo.
Tío Pedro, vamos á hablar
sin ambages ni repulgos.
Fuerza es que usted se conozca
y que baje usted los humos
de ese bigardo.
- PEDRO. ¿Del chiquio?
- RUFO. Mi casa se vé en disturbios
continuamente, y por él,
Gil no descansa un minuto.
La culpa toda la tiene
ese pedazo de estuco.
¿Qué más pudiera soñar
que ser mi nuera!...
- PEDRO. Calculo...
- RUFO. No hay que calcular: lo dicho.
- PEDRO. Pero...
- RUFO. No hay pero ninguno.
Hace poco á Zaragoza
hicimos un viaje juntos
con motivo de las quintas.
- PEDRO. Por cierto que estaba ñublo;
por eso sacó, sin duda,
Julian el número uno.
- RUFO. Gil sacó el dos.
- PEDRO. Toma, toma!
si yo tuviese el bandullo
como usted!...
- RUFO. No hablemos de eso;
cada cual tiene lo suyo.
- PEDRO. Es verdad.
- RUFO. Y usted no tiene
más renta ni más escudos
que su hijo.
- PEDRO. Cierto.
- RUFO. Y su hijo

- no tiene nada en el mundo.
- PEDRO. Su honradez.
- RUFO. (Con desprecio.) Usted qué sabe?
- PEDRO. Cómo! qué?
- RUFO. Si habla usted mucho,
me voy.—Julian hoy es quinto,
y mañana...
- PEDRO. (Conmovido.) Me figuro;
mañana será soldado.
- RUFO. Y al otro, quizás difunto;
que el militar anda siempre
con un pie sobre el sepulcro.
- PEDRO. ¡Hombre!
- RUFO. Es la fija.
- PEDRO. ¡Carape!
¡Habla usted de un modo!
- RUFO. Juzgo
que no hay que andar con rodeos.
- PEDRO. Pero eso de ver difunto
al chiquió...
- RUFO. En usted consiste.
- PEDRO. ¿En mí? Carape! don Rufo,
usted se burla.
- RUFO. Hablo serio.
Yo tengo trescientos duros
para librar al muchacho.
- PEDRO. Oh! para librarle? (Con júbilo.)
- RUFO. Punto
en boca.
- PEDRO. Pero...
- RUFO. Con una
condicion.
- PEDRO. ¿Con una?
- RUFO. Justo.
- PEDRO. Con doscientas mil que sean;
pues sí, que es flojo el apuro
para andar con requilorios!
Pida usted, pida á su gusto.
Si quiere usted que arreglemos
las viñas, mi brazo rudo,
que nunca rindió el trabajo,
es de usted de Julio á Julio.

Si quiere usted que prepare
las tierras, yo le aseguro
que siempre ha de verme usted
sudando sobre los surcos.

Si es la huerta, será envidia
por sus flores y sus frutos;
si es la casa, nada digo,
si el olivar, nada arguyo;
y si es mi sangre, hable usted,
que voy á rasgar al punto
en mil pedazos mis venas;
no crea usted que me asusto:
con tal de librar á mi hijo
nada me arredra en el mundo.

RUFO. No quiero yo nada de eso.

PEDRO. Entónces... ya estoy confuso.

RUFO. Que el chico vaya á encargarse
de la hacienda que está junto
al Ebro; á catorce leguas;

PEDRO. ¡No ha de ir! Con mucho gusto.

RUFO. Y que no vuelva á acordarse
de esa mujer.

PEDRO. ¿Eh?

RUFO. No sufro
tranquillas; ó cede el campo
ó no le doy sustituto;
y chiton: de esto, ni á Gil
ni á nadie ha de darle el humo.

PEDRO. (Después de una pausa.)

Es decir, que usted pretende,
—después de tantos tapujos,—
que yo venda el corazón
de Julian; ¡voto á San Bruno,
que para comprar tal joya
hay poca plata en el mundo!
No hay corazón que se venda
cuando un corazón es puro,
y si yo no vendo el mío
mal puedo vender el suyo.

RUFO. Entónces será soldado.

PEDRO. Entónces, no será un tuno.

RUFO. Y ausente de aquí, veremos

- quién de los dos goza el triunfo.
PEDRO. Toma! mi chiquío.
RUFO. ¡Su *chiquío!*
PEDRO. Rosa es más firme que un muro.
RUFO. ¡Firme!... ¡sí!
PEDRO. Y usted lo sabe.
RUFO. ¿Yo?
PEDRO. Vaya, no soy tan zurdo.
La venta que usted propone
es un dato y muy seguro.
RUFO. ¡Miserable!
PEDRO. ¿Qué se entiende?
RUFO. ¿Se burla usted?
PEDRO. No me burlo.
Digo que su hijo de usted
no ha de ablandar esos duros
barrotes, ni con lamentos
ni con dinero.
RUFO. Ya sudo
de cólera; ¿cuándo y cómo
se ha figurado ese estúpido...
PEDRO. Vuelta otra vez. (Colérico.)
RUFO. Ese necio?...
PEDRO. No diga usted otro insulto
al chiquío, ó le rompo un hueso...
RUFO. ¿Á mí?...
PEDRO. Contra esos pedruscos.
RUFO. ¡Por Cristo!
PEDRO. No hay más que lo hago
como lo digo.
RUFO. ¡Estos brutos!...
PEDRO. Son tan honrados de pecho
como fornidos de puños...
y hacen así.
(Se dirige á D. Rufo en ademán de pegarle.)
RUFO. (Retrocediendo.) Mas...
PEDRO. Defiéndase,
porque si no le estrangulo.
(Echa las manos al cuello de D. Rufo. En este
mismo momento aparece la vieja Claudia.)

ESCENA VII.

DICHOS, CLAUDIA.

- CLAUDIA. ¡Ave María Purísima!
- PEDRO. Mi mujer, ¡voto á mi abuelo!
- RUFO. (Repuesto del susto y dando suelta á la ira.)
Que Dios me falte, canalla!
si no te acuerdas.
- PEDRO. (Á D. Rufo.) (Silencio,
que está ignorante su madre,
y yo... yo estoy que reviento.)
- CLAUDIA. ¿Qué ocurre?
- PEDRO. Nada.
- RUFO. Sí! nada!
- PEDRO. (Á Claudia, pugnando por entrarla en la casa.)
Ya te diré.
- RUFO. (Amenazando á Pedro.) ¡Te prometo!
- CLAUDIA. (Sorprendiendo la accion de D. Rufo.)
¿Va usted á pegarle?
- PEDRO. ¿Quién?
¿Á mí?... Claudia, vete adentro.
- CLAUDIA. Yo quiero saberlo todo.
- PEDRO. Todo es cuestion de un majuelo.
- RUFO. Miente.
- CLAUDIA. ¿Tú?
- PEDRO. (Cogiendo de un brazo á su mujer y volviéndose rá-
pido á D. Rufo. Con energía.)
(Voy á estamparle
de un puñetazo los sesos.)
- CLAUDIA. ¡Dios mio!
- PEDRO. No, si no es nada.
- CLAUDIA. (Temblando voy por mi Pedro.)
- PEDRO. (Mal se ha portado conmigo
la Patrona! Por el cielo,
que si no ataja mis iras
va á ser el dia sangriento.)

ESCENA VIII.

D. RUFO.

¡Mal me conoce el menguado!
Yo le juro que el veneno
que ha derramado en mi alma
ha de surtir sus efectos.
Tú fias todo á tus puños;
yo fio todo al dinero:
sin él, muere tu esperanza,
con él, cumplo mis deseos.
Tú no tendrás á tu hijo;
en cambio yo... ¡Nos veremos!
Oh, con lágrimas de sangre
pagarás tu orgullo necio.

ESCENA IX.

D. RUFO, GIL por la izquierda, en traje del país, pero lujoso.

GIL. (Contemplando las rejas de la casa de Rosa. Con despecho.)

No hay cuidado que se asome
á la reja, ni un momento,
como á la reja no llegue
ese Julian del infierno.

RUFO. Mi hijo aquí!

GIL. Siempre mi padre,
como sombra de mi cuerpo.
Tendremos cancion.

RUFO. Me agrada
verte.

GIL. Padre, no empecemos:
que cuanto usted me predique
es predicar en desierto.
Cien veces le he dicho á usted
y le repito otras ciento
que ni abandono la aldea
ni estudio, ni hablo, ni pienso
en otra cosa, que en esa
mujer.

- RUFO. ¡No te enfades; bueno!
- GIL. Esa mujer desdenosa
ha de ser mía á despecho
de Julian y de su padre,
de usted y del mundo entero.
No espere usted que desista
ni un punto; que es mi deseo
tan rebelde á toda traba
y tan tenaz, como el fuego
que á veces prende en las eras
por un extraño siniestro,
que crece con más empuje
cuanto más arrecia el viento.
Así, padre, no me siga,
y cese usted.
- RUFO. ¿Que si ceso?
- ¡Ya lo creo! es más: te obligo;
es más; te ayudo en tu empeño.
- JULIAN.
RUFO. ¡Cómo!
Si hasta aquí queria
disuadirte, hoy no; hoy prefiero
á esa mujer, la más pobre,
á la más rica del pueblo.
- GIL.
RUFO. ¿Ese cambio?...
 ¡Ha de acordarse
de mi nombre el tío Pedro!
- GIL. Es que ha caido usted ya
en la cuenta, va usted viendo
que esa gente está insufrible.
- RUFO.
GIL. Deja que sigan tan huecos.
 ¡Y ella en tanto continúa
sorda á mi voz y á mi ruego!
- RUFO.
GIL. Dádivas quebrantan peñas,
deja que cambien los vientos.
 Todo es en balde.
- RUFO.
GIL. ¿Pobrete!
No hay quién trueque en fuego el hielo,
y esa mujer es más firme.
- RUFO.
GIL. ¡Firme! ¿Qué sabes tú de eso?
«Á una torre la comparas,
»sin duda, por su firmeza,
»sin ver que las torres tienen

»casi siempre una veleta.»

¿Recuerdas tú ese cantar?

GIL. Yo solo mi mal recuerdo.

RUFO. Pues no le des al olvido
y aplica á tu Rosa el cuento.

(Se oyen voces confusas.)

Pero que estrépito es ese?

GIL. Voy á ver...

(Detiéndose al ver á Perico, que viene saltando.)

ESCENA X.

DICHOS, PERICO, á poco PEDRO.

PERICO. ¡Anda salero!

Menudo cisco se ha armado
en el lugar. Eh, tío Pedro!
Pronto, asome usted la gaita,
que se ha venio un ejército
de seis soldados y un cabo
y un corneta y un sargento,
que van de paso.

PEDRO. (Saliendo azorado.) ¿Qué dices?

PERICO. Que dentro de unos momentos
yo y Julianico y el Porro,
y el hijo del tío Cencerro,
y el nieto de la Piporra,
y el sobrino del Cangrejo
vamos á tomar el jope
para meter nuestros cuerpos
en otros cuerpos sin alma
que se llaman rigimientos.

GIL. ¿Oye usted? (Con alegría.)

RUFO. Ven; no nos vean.

(Se retiran al fondo, de suerte que puedan escuchar
sin ser vistos de Perico y el tío Pedro.)

PEDRO. Perico, mira si es cierto
lo que dices.

PERICO. Toma, toma!
pues menudo jimoteo
se ha armado entre las mujeres.
No bien ha tomado vuelo

la noticia, se ha llenado
de gente el Ayuntamiento.
Echada atrás la montera,
alta la vara y más tieso
que un ajo, nos ha leido
el alcalde un dicumento
en el que manda, quien puede,
que sin pérdida de tiempo
vayamos á Zaragoza;
y todos nos vamos, menos
el hijo del tal don Rufo,
de ese tio tan...

RUFO. (Ah, perro!)

GIL. (Voy á cruzarle la cara.)

RUFO. (Conviene más que escuchemos.)

PEDRO. ¿Es posible?

PERICO. La noticia
ha sido un rayo en el pueblo.
Desiertas están las parvas
y desiertos los majuelos;
da grima mirar las eras,
los atochales dan miedo,
y están cabañas y chozas
que parecen cementerios.
¡Pues y las madres!... Carape,
ya me olvidaba.

(Mirando á la casa del tio Pedro.)

PEDRO. Está lejos;

y á más, qué importa que grites,
si el mal no tiene remedio!
¡Pobre madre!

RUFO. (No hay mujer
que resista tanto tiempo
de ausencia! Ocho años!)

GIL. (¡No es poco!)

RUFO. (Desde hoy seguirás un nuevo
plan de campaña.)

GIL. (Sepamos.)

RUFO. (Ven conmigo y hablaremos.)

(Vánse. Pedro habrá inclinado la cabeza, apoyada
en el brazo, sobre la pared de su casa. Perico se ha-
brá puesto de puntillas para mirar hácia el fondo.)

ESCENA XI.

PEDRO, PERICO.

PERICO. No hay casa chica ni grande,
ni hay moza, vieja ni viejo
que no anden á vueltas ahora
con los mórrales; al menos
llevarán los chicos algo
que... ¡pues! Yo como no tengo
padre, ni madre, ni nada,
¡como no me chupe el dedo!
En fin, Dios dirá. Quién piensa
en comer... ¡Alza, salero!
No voy á andar mucho mundo
que digamos!... Yo me alegro,
porque al fin... Alza, pilli.
¿Quién dijo penas?—¿Qué es eso?
Tío Pedro, ¿está usted llorando?

PEDRO. ¿Yo llorar... ¡Voto al infierno!
¿Yo llorar?...

PERICO. Si no me extraña;
he visto rodar al suelo
lagrimones como nueces.
El caso no es para menos,
al fin y al cabo nos vamos
la flor y nata del pueblo,
nos vamos los buenos mozos
y esto se queda hecho un yermo,
los ricos empobrecidos,
los pobres sin alimento,
las novias sin esperanza
y las madres sin consuelo.
Esto es más claro que el agua;
pero en fin, ¿qué hacer?

PEDRO. No quiero,
no quiero; vámos, Perico.

PERICO. ¿Que no quiere usted?

PEDRO. ¡Creerlo!

PERICO. ¡Bah!

PEDRO. Si llego á convencerme

que hoy mismo, esta tarde, dentro de algunos minutos, voy á perder el chiquio, pienso que he de arrancarme los ojos.

PERICO. ¿Va usted á cegar, tío Pedro?

PEDRO. Si sus miradas me faltan, ¡qué más ciego! ¡qué más ciego!

PERICO. Pues tío Pedro, á mí me duele que le duela, pero el hecho es que Julianico...

PEDRO. Acaba.

PERICO. Coge el chopo.

PEDRO. Lo veremos.

(Suena un toque de corneta.)

¡Una corneta!

PERICO. Eh! qué tal?

si esto huele á campamento.

Eso es llamada que llama

á los soldados dispersos.

Con ellos vamos á dirnos.

PEDRO. ¿Tan pronto?

PERICO. Así lo ha dispuesto

el alcalde... que es más listo!

que la pata de un camello.

PEDRO. Aún me queda una esperanza.

PERICO. ¿Cuál?

PEDRO. Mi arrendatario es bueno.

PERICO. Mi amo tambien, y con todo

voy á añadir el pañuelo

y á ceñir las alpargatas

para andar mejor; pues creo

que el amo no va á prestarme

la bondad de su dinero.

(Hace lo que indica, de modo que ocupado en esta faena, no vea irse á Pedro.)

PEDRO. Oh, malo será que el hombre

no me ayude en tal extremo,

y... (Suena la corneta.)

PERICO. (Ranandando el toque.) *Tararari.*

PEDRO. ¡Maldita!

me está desgarrando el pecho.

ESCENA XII.

PERICO, á poco ROSA y CLAUDIA.

- PERICO. Ajajá, ya estoy más listo!...
Si yo por nada me arredro.
Vamos andando, tío Pedro.
(Sorpresa. Rosa y Claudia, salen al mismo tiempo.)
- CLAUDIA. Oye.
- ROSA. Atiende.
- PERICO. ¡Santo Cristo!
y el otro tomó soleta.
- CLAUDIA. ¿Qué corneta es esa?
- ROSA. Dí.
- PERICO. ¡Claro está! ¡Pues vele ahí!
Esa es toda una corneta.
- ROSA y CLAUDIA. Pero...
- PERICO. ¿No saben ustedes
lo que pasa? ¡Toma, toma!
¡Pues sí, que el caso es de broma!
¡Ya se ve! entre esas paredes...
¡claro! qué ha de suceder?
Tía Claudia, yo, si lo siento,
es por... (Soy todo un jumento,
por poco lo echo á perder.)
- CLAUDIA. ¿Por qué?
- ROSA. Dí pronto.
- CLAUDIA. Me abrasa.
- PERICO. Jé... jé... jé... (Rascándose la cabeza.)
- ROSA. Nos desesperas.
- CLAUDIA. ¡Huy, qué hombre!
- PERICO. (Á Rosa.) ¿Pero es de veras?
¿No sabes tú lo que pasa?
- ROSA. Nada sé.
- CLAUDIA. Á oscuras estamos.
- PERICO. ¿Ni usted tampoco?
- CLAUDIA. Ni pizca.
- PERICO. Va usted á quedarse bizca.
- CLAUDIA. ¿Yo?
- PERICO. ¡Qué alboroto!

- ROSA. Sepamos.
- PERICO. ¡Si es atroz!
- CLAUDIA. Ya no hay aguante.
- ROSA. Dilo, y sea lo que sea.
- PERICO. ¡Jesus, cómo está la aldea!
hecha un campo de *Algramante*.
¡Qué de clamar á los cielos!
¡qué andar á vueltas con todo!
¡qué hablar! qué correr! qué modo
de tirarse de los pelos!
- ROSA. Pero bien, y?...
- PERICO. ¡Pobre moza!
- CLAUDIA. Qué es ello, por Dios, sepamos?
- PERICO. Casi nada; que hoy nos vamos
los quintos á Zaragoza.
- ROSA. ¡Dios mio! y Julian tambien?
- CLAUDIA. ¿Julian? (Pausa breve.)
- PERICO. (¡Atiza!)
- CLAUDIA. ¡Dios santo!
¿Julian?
- ROSA. Tia Claudia...
- CLAUDIA. ¡Ese llanto!
¿Es verdad?...
- PERICO. (Se armó el belen!)
- CLAUDIA. ¿Mi hijo soldado?
- PERICO. ¡Aprension!
- CLAUDIA. ¡Soldado, sí!
- ROSA. ¡Suerte impía!
- CLAUDIA. ¡Hijo mio!
(En este momento sale Julian, que al ver á su madre
se precipita en sus brazos.)

ESCENA XIII.

DICHOS, JULIAN.

- JULIAN. ¡Madre mia!
- CLAUDIA. ¡Hijo de mi corazon! (Se desmaya.)
- JULIAN. ¡Rosa! se pone mortal
mi madre...
- ROSA. ¡Cómo!
- JULIAN. Un vahido.

(La sientan en un banco. Rosa la sostiene. Julian dice á Perico.)

¿Quién fué el traidor?

PERICO. (Azorado.) Esa ha sido; esa.

JULIAN. ¿Tú?

ROSA. Yo, que al fatal anuncio de tu partida solo he pensado en mi suerte.

JULIAN. ¡Por qué no viene la muerte si mi vida, no es mi vida. Si hay quién juegue á su placer con ella; si hay quién taladre el corazon de esta madre y el alma de esta mujer.

PERICO. Julianico; yo lo siento pero ya tardamos y...

JULIAN. ¿Dejar á mi madre así?

PERICO. Mayor será su tormento si vuelve á verte.

JULIAN. Imposible.

PERICO. Ve que el alcalde es un tío de malas pulgas.

JULIAN. ¡Dios mio!

¿Qué hacer? ¡Situacion horrible!

ROSA. Ya alienta.

JULIAN. Rosa, valor: fuerza es que ya no me vea mi madre.

ROSA. ¡Cómo!

JULIAN. La aldea

voy á dejar. Del dolor hasta pudiera morir, que no hay madre que resista por mucho tiempo la vista del hijo que va á partir para no volver quizás.

ROSA. ¡Julian!

JULIAN. ¡Escuche tu acento!

Repite tu juramento de no olvidarme jamás.

ROSA. ¡Lo juro!

JULIAN. Testigos Dios
y esa cruz.

ROSA. Oye...

JULIAN. Mi padre
me está esperando.

(Se arrodilla delante de Claudia, que aun no habrá
vuelto completamente del desmayo, y la besa una
mano.)

¡Adios, madre!

PERICO. (Llorando.) ¡Si yo la tuviera!

JULIAN. (Á Rosa, que sostiene á Claudia con una mano mien-
tras que con la otra se oculta el rostro para llorar.)

¡Adios!

(Vánse Julian y Perico.)

ESCENA XIV.

ROSA, CLAUDIA.

CLAUDIA. No tuvisteis compasion!
Todos me habeis engañado,
y todos habeis jugado
con mi pobre corazon.

¡Julian!... ¡Hijo mio!

(Abriendo los ojos y alzándose rápidamente.)

¡Qué!

¿No está?... Dios santo, responde.

¿En dónde se encuentra, en dónde?

ROSA. ¡Madre!

CLAUDIA. (Desprendiéndose de Rosa.)

¡Yo le encontraré!

(En el mismo instante aparece Pedro. Claudia y Rosa
se echan en sus brazos. Empieza á anochecer.)

ESCENA XV.

DICHAS, PEDRO.

CLAUDIA. ¡Pedro!

PEDRO. ¡Fué vano mi afan!

¡Claudia!...

CLAUDIA. ¡Mi hijo!

:

PEDRO.

¡Llora, llora!

(Mañana al salir la aurora,
tus ojos no le verán!
Tras ese monte sombrío,
con esa sombra que avanza
va á perderse tu esperanza,
tu único bien.)

CLAUDIA.

¡Hijo mio!

PEDRO.

¡Quién dará á estos pobres viejos
su apoyo!

ROSA.

¡Padre!

CLAUDIA.

Corramos,
aun puede que le veamos;
sí, sí, no debe estar lejos.

(Van á partir y se oyen guitarras y la popular can-
cion.)

«Ya se van los quintos, madre,
»por la puerta de Alcalá,
»ya se van los quintos, madre,
»¡sabe Dios si volverán!»

CLAUDIA, ROSA y PEDRO. (Deteniéndose.)

¡Oh!

(Al mismo tiempo Gil, que habrá aparecido en esce-
na y se habrá colocado junto á las rejas de la casa
de Rosa, preludia en la guitarra el acompañamien-
to de una serenata. D. Rufo viene detrás.)

ROSA.

¡Gil!

PEDRO.

¡Y lo he de sufrir!
cuando de insultarme trata.

(Coge un azadon que habrá dentro del portal de
su casa.)

CLAUDIA. ¡Pedro! (Deteniéndole.)

PEDRO.

Ó le mato, ó me mata.

Ya, qué me importa morir.

CLAUDIA. ¡Ingrato!

PEDRO.

(Dejando caer el azadon.)

¡Es verdad!

GIL.

(No espero
vencer su amor, que es profundo.)

RUFO.

(Todo se logra en el mundo
con astucia y con dinero.)

CLAUDIA.

¡Dios mio! un rayo de luz;

luz que alumina la aldea.
¡Quién sabe! quizás le vea
subida al pie de esta cruz.

(Claudia sube á la cruz. En este momento un rayo
de luna llena de claridad la escena.)

TODOS. ¡Oh!

CLAUDIA. Por allí. (Rápido.)

(Señalando al fondo. Rosa sube á la cruz. Pedro se
empina sobre el primer escalon, en medio de las dos
mujeres.)

ROSA. ¡Es singular!

(Al mismo tiempo se oye más lejana la cancion.)

«Ya se van los quintos madre,
»sabe Dios si volverán.»

CLAUDIA. (Cayendo de rodillas al mismo tiempo que Rosa.)

¡Protégele tú, Dios santo!

PEDRO. (En pie, con voz temblorosa y alzando los brazos al
cielo.)

¡Cobíjale tú en tu manto,
Virgencica del Pilar! (Todo rápido.)

(Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

THE DRUG AND CHEMICAL

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior. En la casa de Pedro, por la parte que da frente al espectador, se notan las huellas de un incendio. En la de Rosa, están cerradas las ventanas y la puerta.

ESCENA PRIMERA.

EL PORRO y DOS ALDEANOS, tendidos en el suelo.

ALD. 1.^o ¿Estais dormidos?

PORRO.

¿Quién puede

dormir con esta solana?

Vaya al demonio la siesta.

(Los tres se incorporan y permanecen sentados formando semicírculo)

ALD. 1.^o Parecen las piedras ascuas.

ALD. 2.^o Pues digo, que las avispas
llevan al pico unas lanzas!

PORRO. Agujas dirás; conmigo
la ha tomado una bandada,
y me ha puesto la nariz
lo mismo que una patata.

ALD. 1.^o Sabeis que si viene el amo...

PORRO. Tú, tú, tú, tú!... pues bueno anda
el amo para cudiarse
de las trillas ni las parvas.

Dende que hizo su deseo
y se casó con el ama
tan pensativo anda el hombre
que parece un automáta.
Dicen que si anda celoso
de Julian. ¡Cristo me valga!
tenerle celos á un muerto.

ALD. 1.º Imposible.

ALD. 2.º Vaya, vaya!...

PORRO. La verdad es que don Gil
se da de calabazadas
con una idea y la hacienda
le importa una pipitaña.
Tres cosechas van perdidas
y andan en pleito las casas
de don Rufo.

ALD. 1.º ¡Qué don Rufo!
Dirás de don Gil.

PORRO. De entrambas
presonas.

ALD. 1.º Don Rufo ya
no pinta en el mundo nada.

PORRO. ¡Dende que el hombre está ciego!
(Con misterio.)

Hay quien dice en la comarca
que el rayo ha sido un castigo.

ALD. 1.º La Providencia es muy sábia.

PORRO. ¡Cuántas cosas han pasado
en pocos años!...

ALDEANOS. ¡Caramba!

PORRO. Toitico ha cambiado, todo;
Ocho años hace, est^a casa
que ahora nos presta su sombra
era un nidico, una jaula
de amor... ¡Pobre Julianillo,
pobre Pedro y pobre Claudia!
Ya de los tres solo uno
queda en el mundo.

ALD. 2.º ¡Qué lástima!

ALD. 1.º La culpa toda, es sabido,
las tales quintas.

PORRO. Malhaya

- quien rompe lazos que tienen
unidas á tantas almas.
- ALD. 1.º ¿Y qué decis de Rosica?
- PORRO. Callad; la tengo una rabia!...
¡Haberse casado al cabo
con Gil!...
- ALD. 1.º La pobre muchacha
estaba sola en el mundo.
- PORRO. Qué sola ni qué azofaifa.
Dí tú que son las mujeres
toiticas como las aspas
de un molino que se mueven
al viento que sopla. Vayan
todas con mil de á caballo,
que á mí ninguna me engaña.
- ALD. 1.º Quien habla de las mujeres
de un modo que desquijara
á cualesquiera, es Perico
No-matar.
- ALD. 2.º y PORRO. Já, já.
- ALD. 1.º ¡Ya es maula
el tal Perico!...
- PORRO. Es lo cierto
que el servicio de las armas
le ha güerto de arriba á abajo.
- ALD. 1.º Claro está: ha corrió tantas
y tantas tierras.
- ALD. 2.º Y á más
ha estado en tantas campañas!
- PORRO. Cuidiado que cuenta cosas!...
Eh?
- ALD. 1.º Ya, ya.
- PORRO. Yo siempre que habla
estoy con la boca abierta.
- ALD. 1.º Y yo tambien.
- ALD. 2.º Y yo.
- PORRO. ¡Lástima
que sea un holgazanote
tan grande!
- ALD. 2.º Sí.
- ALD. 1.º Pero calla,
no me engaño; aquí se acerca.

(Todos se levantan.)
PORRO. Perico! (Llamando.)
ALD. 1.^o Ven.
PERICO. (Con flojedad.) ¿Quién me llama?

ESCENA II.

DICHOS, PERICO en mangas de camisa, con pantalon azul,
chaqueta amarilla y gorra de cuartel muy estropeada.

PORRO. Ven: semos nosotros.

PERICO. ¡Hola!

bien á la sombra trillais.

¡Holgazanes! siempre estais
tendidos á la bartola.

(Tumbándose en el banco.)

PORRO. Si; que tú!..

PERICO. Calle el zamarro;

yo he mordido ya el cartucho

y he corrido mucho, mucho... (Transicion.)

Á ver quién me da un cigarro.

PORRO. Ten.

ALDEANOS. Del mio.

(Perico toma una cajetilla y se la mete en el bolsillo despues de haberse servido tabaco para un cigarro.)

PERICO. ¡Si os explico

mis empresas belicosas!

ALD. 2.^o (Lo guarda.) (Ap. al Porro.)

PORRO. ... (Jé, jé. Son cosas

del licenciado Perico!)

PERICO. Yo no he estado en el cuartel

nunca; siempre de batalla;

y he sufrido más metralla!..

—Á ver quién me da un papel.

ALD. 1.^o (Yo tengo.) (Buscando en el bolsillo.)

PORRO. (Ap.) (Da lo que pida

y no sueltes el lebrillo,

porque se lo echa al bolsillo,

como el tabaco.)

(El aldeano 1.^o da un papel á Perico y se guarda el resto.)

- PERICO. ¡Qué vida!
todo lo hace la costumbre.
- PORRO. ¿Y has matado mucha gente?
- PERICO. Lo menos trescientos veinte...
- ALD. 2.º ¡Zape!
- PERICO. Á ver quien me da lumbre.
- ALD. 1.º ¿Fumas? (Dándole un fósforo de carton encendido.
Perico al oír la indirecta hace ademan de darle un
torniscon.)
- PORRO. ¿Y tú tienes por mote
No-matar?
- PERICO. Voto á mi abuelo,
que era un bendito del cielo,
que el mote fué mal pegote.
¡Y bien que me ha hecho rabiarse
de quinto!
- PORRO. ¿Qué te ocurría?
- PERICO. Que todo el mundo decia
«ahí va el quinto *No-matar.*»
- ALDS. Jé, jé.
- PERICO. Luego entré en accion.
- PORRO. ¿Y dejaste alguno frito,
¿eh?
- PERICO. Yo atravieso un mosquito
con la bala de un cañon...
- ALDS. ¡Carape!
- PORRO. Ya voy yo viendo
que has tomado muchas alas.
- PERICO. Yo me burlo de las balas;
se aprende mucho sirviendo;
no hay más remedio que abrir
los ojos.
- ALD. 1.º Ya.
- PORRO. ¡Y de qué modo!
- PERICO. Yo sé de todo, de todo,
menos leer y escribir.
- PORRO. ¿Y de mujeres! Perico?
- PERICO. Tú, tú, tú.
- PORRO. Aquella patrona
que tuviste en Barcelona.
- PERICO. ¿Toribia?
- ALD. 1.º ¡Valiente mico!

- PORRO. ¿Y aquella moza de Estella que pretendiste?
- PERICO. Ahí verás; si estoy otro día más me dice que sí.
- PORRO. ¿Y aquella de Jerez que te quería tanto?
- PERICO. ¿Cuál?
- PORRO. La que aguardaba en el balcon y te echaba dinero y cuanto tenia.
- PERICO. ¡Ah! sí; me amaba de veras. Un día logré acercarme, y no sabiendo qué echarme... me echó por las escaleras. Julian podría contar lo que era yo, si viviese. ¡Pobre chico!
- PORRO. ¡Tambien ese sería!...
- PERICO. ¿Quieres callar? Julian llevaba en su pecho un altar, y en él rendia adoracion á la arpía que habitó bajo este techo. El pobre rodó al abismo. ¡Se sublevó!...
- PORRO. ¡Voto á tal!
- PERICO. Como no era general, claro, se rompió el bautismo.
- PORRO. Fué á las islas...
- PERICO. ¡Qué sé yo! Bien mala suerte le cupo! Desde entónces nadie supo de él.
- PORRO. Se supo que murió. Precisamente era ese año alcalde don Rufo el ciego.
- ALD. 1.º Verdad.
- PERICO. Don Rufo!... reniego!... Pero en fin; bien pagó el daño.

No hay más que verle la cara
para saber lo que sufre:
cara de diablo, de azufre.
Da miedo el hombre.

ALD. 1.^o Repara

cómo le trata su hijo.

PERICO. Son Satanás y Luzbel.

(Aparece D. Rufo guiándose con un palo. Su fisonomía ha cambiado por completo. Al salir tropieza.)

RUFO. ¡Maldición!

PORRO. (Asustado.) Es él, corramos.

PERICO. Vamos á otra parte.

ALDS.

Vamos.

ESCENA III.

D. RUFO.

¡Es él... es él!... ¿Quién es él?

—Por todas partes lo mismo.

—¡Habrá gente mas cerril!—

Siempre palabras de espanto
y pasos que huyen de mí.

¿Qué diablos tiené mi rostro
que hace á las gentes huir?

Si yo pudiera arrancarme
la sombra tenaz que así

me oprime!... Vana quimera.
Será preciso vivir

para llevar en los ojos
y el alma, luto sin fin.

Quién va?... quién va?

(Con creciente irritación. Gil sale taciturno. Al ver á su padre hace un gesto de disgusto.)

ESCENA IV.

D. RUFO, GIL.

GIL.

Era milagro
que usted no estuviese aquí.

RUFO.

¿Dónde he de estar?

- GIL. En su casa,
en su cuarto.
- RUFO. ¿Sin salir,
y á solas con mi conciencia?
Olvidas ya que por tí
he cometido una infamia?
Que manché con un ardid
mi autoridad?...
- GIL. ¿Quién se acuerda?...
- RUFO. Que hoy llora un padre infeliz
la falsa muerte de un hijo;
muerte que hizo sucumbir
á una madre.
- GIL. ¡Y bien!
- RUFO. Por qué?
por qué te muestras hostil
conmigo? ¿Piensas acaso
que puedo yo subsistir
falto de la luz del cielo
viendo tu conducta vil?
El rayo que me ha robado
la luz también hizo huir
el valor de mi conciencia
y hoy tengo miedo de mí.
- GIL. Vaya usted, pues, á su antojo
del uno al otro confin
de la aldea; no haya miedo
que yo... vaya por ahí,
tropezando y blasfemando...
- RUFO. ¡Cómo no he de maldecir
mi suerte!
- GIL. Constantemente
maldigo la mia.
- RUFO. ¡Gil!
- GIL. Ocho años hace llegaba
al pie de esta reja á oír
desprecios. Usted recuerda
lo que entónces díjo?
- RUFO. Sí.
- GIL. Con dinero y con astucia
tu deseo has de cumplir.
- RUFO. Y has cumplido tu deseo.

- Rosa es tuya.
- GIL. ¡Por Cain!
Más me dañan esas frases
que el veneno más sutil.
¡Rosa mia! ¡Qué sarcasmo!
- RUFO. ¿No es tu mujer?
- GIL. Más; es mi
esclava, siempre sumisa,
oye mis órdenes sin
alzar los ojos del suelo;
pero sus recuerdos y
su alma y sus oraciones,
sus pensamientos, en fin,
son del hombre venturoso
que amó con amor febril.
- RUFO. ¿Tienes celos?
- GIL. Ni yo mismo
sé lo que tengo.
- RUFO. ¡Infeliz!
- GIL. Y sin embargo, este infierno
que siento, lo paso á mis
solas, en tanto que usted...
- RUFO. ¡Yo!
- GIL. No, no es esto decir
que usted no cumpla su gusto.
- RUFO. ¿Te atreves?...
- GIL. ¡Lo que es por mí!
- RUFO. ¡Infame!
- GIL. Tendré que irme.
- RUFO. ¡Oh!
- GIL. Quién puede resistir...
- RUFO. La culpa es mia, sí, mia.
Cortara yo de raíz
el tallo, y no fuera el fruto
tan miserable y tan ruin.
- GIL. Cortáralo usted, y entónces
sería yo más feliz. (Váse.)

ESCENA V.

D. RUFO, á poco PEDRO.

RUFO. ¿Y es él quien me lanza al rostro
mis faltas? Y he de sufrir
que así se burle el menguado?
¡Si yo le viera... ¡Infeliz!
Un rayo de luz tan solo!
(Como implorando al cielo. En este momento aparece el tío Pedro apoyado en un garrote.)

PEDRO. Ocho años hace, que así
pedia un rayo de luz
una madre; iba á partir
su hijo.

RUFO. Pedro.
PEDRO. ¡Pobre Claudia!

Dios tuvo piedad de tí,
y le vimos, sí, le vimos
por la última vez! Por fin,
ya estais los dos en el cielo,
y yo os habré de seguir
presto.

RUFO. Pedro...

PEDRO. No me toque,
no se acerque usted á mí.

RUFO. ¿Por qué?

PEDRO. Porque su contacto...

RUFO. ¿Te mancha?

PEDRO. Me hace sentir...

No es rencor... es repugnancia.

(Váse haciendo ademanes repulsivos.)

ESCENA VI.

D. RUFO.

¿Como si fuera un reptil?
No cabe mayor tormento
que tener que sucumbir
á tanto insulto. La muerte,

primero que estar así.
Mil veces he arrojado
este baston para ir
derecho á un abismo. El miedo
mezclado en mi frenesí
me hacia buscar la muerte
á ciegas... ¡muerte feliz,
que nunca pude encontrar
para dejar de sufrir!
Hoy... quién?... quién puede evitarla?
¡Nadie!... El abismo está allí.
(Señalando al fondo.)
¡Conozco el sitio!... Marchemos.
Vivir así, no es vivir.
(Arroja el baston y se dirige tambaleándose al abis-
mo. Al llegar junto á él, Julian, pálido y tembloro-
so, le detiene. D. Rufo hace un ademán de coraje.
Todo segun el diálogo.)

ESCENA VII.

D. RUFO, JULIAN, en traje militar, con galones de sargento
primero.

JULIAN. ¡Buen hombre! ¡buen hombre! aguarde.

RUFO. ¡Mal haya mi suerte impía!

JULIAN. ¡Temblando estoy todavía!

Si llego un poco más tarde
se mata.

RUFO. ¿Quién es usted?

JULIAN. Un sargento licenciado
que respira al ver que ha entrado
en su pueblo con buen pié.
¡Bien haya la Providencia!

RUFO. ¡Providencia! (Con sarcasmo.)

JULIAN. ¿Es poca suerte
robar un hombre á la muerte
respues de ocho años de ausencia?
Cuando un soldado ha sufrido
por una traicion odiosa
la suerte más espantosa
que puede sufrir nacido;

cuando ha juzgado perdida
su esperanza y de repente
vuelve á su patria y se siente
nacer de nuevo á la vida;
cuando se halla al bien cercano
y ve el paterno tugurio,
¿no ha de ser feliz augurio
salvar la vida á un anciano?

RUFO. Usted... usted vuelve aquí?...

JULIAN. Á ser feliz.

RUFO. (Oh, qué idea.)

JULIAN. Mis padres son de esta aldea,
mi vida está en ella.

RUFO. (Oh!)

JULIAN. Sí.

Aquí he nacido á la luz,
y al buscar eternos lazos
ví siempre abiertos los brazos
de mi madre y de esa cruz.
Doble lazada inmortal
que arraigó en el tierno niño
de Dios el santo cariño
y el santo amor maternal

RUFO. (No hay duda.)

JULIAN. Y por ser mayor
y más cumplido el placer,
aquí nació la mujer
que alienta mi alma al amor.

RUFO. (¡Rosa!)

JULIAN. ¡Oh Dios! al ver mis ojos
tanto recuerdo bendito,
¿cómo el soldado proscrito
no ha de ponerse de hinojos
bendiciendo tu clemencia,
que imploró con tanto afán?

(Cae de rodillas.)

RUFO. Es él... es él... ¡Es Julian!

¡Quién duda que hay Providencia!

(Váse precipitadamente y como hayendo de sí mismo.)

ESCENA VIII.

JULIAN.

No es sueño... Me encuentro aquí,
y aun dudo... y mi alma batalla
con el temor.—Pero calla!
¿Y el ciego?... Va por allí.
Y él ha podido anunciar
mi inesperada venida...
que hay placeres en la vida
que matan más que un pesar.
Ay! dos años hace, dos!
que ignoran los pobres viejos
mi suerte!... ¡Estuve tan lejos!
—¿Pero qué veo?... ¡Gran Dios!
No me atrevo ni á mirar,
ni á creer lo que presumo.
¿Irá á convertirse en humo
el bien que voy á tocar?
Quemada la casa á trechos;
puesto un barróte á la puerta,
sin luz... sin ruido... desierta...
y desplomados los techos!...
Pronto... á ver... Quizás estén...
¡Rosa! Rosa!... dime dónde?
Rosa... Nadie me responde.
(Reparando en la puerta.)
Gran Dios! cerrada tambien!
Ni un momento de tortura,
necesito averiguar,
saber, oír, apurar
la copa de la amargura.
Un hombre se acerca.—Tú.

ESCENA IX.

JULIAN, EL PORRO.

JULIAN. Ven: pronto, habla de esa casa,
¿qué es de mi padre? ¿qué pasa?

:

- ¿Y Rosa?
PORRO. Por Belcebú
que usted parece un batán
y arma un enredo, que yo...
JULIAN. ¿Tú no me conoces?
PORRO. No.
JULIAN. Soy el soldado Julian.
PORRO. ¡Carape!
JULIAN. ¿Te has asustado?
PORRO. ¿Cómo he de mirarle en calma?
JULIAN. Soy Julian en cuerpo y alma.
PORRO. (Ay... ¿si habrá resucitado?)
JULIAN. ¿No oyes?
PORRO. Que el diablo me balde,
si no tengo miedo. ¿Es cierto
que usted es Julian el muerto?
JULIAN. ¿El muerto?
PORRO. Pues al alcalde
con la noticia...
JULIAN. Pero hombre...
PORRO. Suyos son estos asuntos,
yo no hablo con los difuntos.
Abur. (váse.)
JULIAN. Harán que me asombre,
que loco y furioso esté.
¡Muerto! Ojalá no mintiera
si ha de ser una quimera
la dicha con que soñé.

ESCENA X.

JULIAN, PERICO.

- PERICO. Dicen que dice el alcalde
que va á decir algo bueno
que ha de llegarnos al alma...
¡Pues elló dirá! ¿Qué veo?
¿un militar? Eh, compadre,
alargue usted esos dedos
y salude á un camarada,
soldado del regimiento
de Zaragoza.

- JULIAN. ¿Qué escucho?
PERICO. Á la órden, mi primero.
JULIAN. Perico, ¿no me conoces?
PERICO. ¡Caracoles! ¿qué estoy viendo?
JULIAN. Soy Julian.
PERICO. ¿Julian?
JULIAN. ¿Qué haces,
que no me abrazas?
PERICO. Con tiento.
JULIAN. Vamos, ven.
PERICO. ¡Diantre! ¿está usted
seguro de no estar muerto?
JULIAN. No seas bodoque. (Se abrazan.)
PERICO. ¡Diablo!
Es él.
JULIAN. Yo soy.
PERICO. Pues te advierto
que en la aldea todos creen
que están sirviendo tus huesos
de diversion á las hienas,
á los chacales hambrientos
y á otros bichos inocentes.
JULIAN. ¿Quién ha forjado ese cuento?
PERICO. ¿Quién? Don Rufo, que era alcalde
hace dos años.
JULIAN. No acierto;
que intencion...
PERICO. Es muy sencillo;
como él os tiene hace tiempo
tanta tirria, por vengarse
no habrá perdonado medio,
y ha forjado... El hombre un día
dió á conocer un impreso...
JULIAN. Vamos, todo lo adivino.
PERICO. Tú estabas en el destierro,
y como vuelven tan pocos
de aquellos climas...
JULIAN. Es cierto.
PERICO. Y como hacía dos años
que no escribías.
JULIAN. Entiendo
todo. Por ventura, nada

ha conseguido, y el cielo
mas poderoso... En fin, vamos
á lo que importa. Sí, hablemos
de mis padres.

PERICO. ¿De tus padres?
(¡Diantre!)

JULIAN. Tengo hambre de verlos.

Perico, ¿por qué esa casa,
triste cuadro, donde veo
retratada mi existencia,
ha venido á tal extremo?

PERICO. ¡Pobre Julian! Y qué quieres?

Mira: esos son los efectos
de las quintas. Esa casa
quedó á merced de un incendio
por falta de un brazo fuerte
que atajara el mal á tiempo.

Tú estabas gastando el tuyo
metido en pronunciamientos,
que sirven para que Antonio
ocupe el lugar de Diego.

Y en tanto que tú pagabas
el pato, yendo á lo perro
tendido sobre la popa
de un inmundo barquichuelo
para no volver quizás
á tu tierra; aquí, dos viejos
derramando lagrimones
tan grandes como pucheros,
veian deshecha en humo
la casa donde vivieron.

JULIAN. Conque es decir que mis padres
se quedaron...

PERICO. Poco menos
que en camisa.

JULIAN. Oh!... Por fortuna

yo vivo aún, y á despecho
del infame de don Rufo,
de Gil y del mundo entero,
tendrán mis padres abrigo,
hacienda, casa, sustento;
que á tanto llega el trabajo

- cuando es tan noble el deseo.
- PERICO. (¿Y quién le dice á este mozo que su madre, *volaverum?*)
- JULIAN. Pero entre tantas desgracias seguro estoy que los viejos habrán tenido un apoyo en Rosa.
- PERICO. (¡Adios mi dinero!
Aquí pereció Sanson con todos los felisteos.)
- JULIAN. Habla de ella.
- PERICO. ¿Conque de ella?
(Si le hablo del casamiento no llega la extrema-uncion.)
- JULIAN. Está buena?
- PERICO. Ya lo creo.
- JULIAN. Hecha un ángel.
- PERICO. Sí, (patudo.)
- JULIAN. Y firme.
- PERICO. Bah!... lo que es eso...
mas firme... (que una castaña metida dentro del fuego.)
- JULIAN. Vamos á verla.
- PERICO. (¡Demonio!
pues este sí que es aprieto.)
- JULIAN. Y á mis padres. (Cogiéndole de un brazo.)
- PERICO. (No hay tu tia.)
Calla!... aquí viene el tio Pedro.
- JULIAN. ¡Cómo!
- PERICO. Por allí.
- JULIAN. ¿Qué dices?
¿Mi padre?...
- PERICO. El mismo.
- JULIAN. ¡Qué aspecto!
- PERICO. El pobre está alicaído.
¡Ya se ve!... ¡los contratiempos!...
- JULIAN. Voy á abrazarle.
- PERICO. Repara
que va á matarle el contento.
- JULIAN. Cierto: habrá que prepararle.
- PERICO. Yo me encargo.
- JULIAN. ¿Tú?

PERICO. Para eso
me pinto solo.
JULIAN. ¡Qué dicha!
PERICO. Ya llega: ocúltate presto.
Vamos...
JULIAN. Ya voy. (No me cabe
el corazon en el pecho.)
(Se oculta al fondo. Pedro sale muy fatigado y se
sienta en el banco mirando la casa quemada.)

ESCENA XI.

PEDRO, PERICO, JULIAN.

PEDRO. Hola, Perico, ¿estás solo?
PERICO. No señor, acompañado.
PEDRO. (Levantándose con agitacion.)
De quién, ¿de don Rufó?
PERICO. Cá...
PEDRO. Porque ya estaba tomando
el portante. Hace un momento
vine á sentarme á este banco
como tengo de costumbre,
á ver... (Señalando la casa.)
PERICO. Ya, ya.
PEDRO. El pobre diablo
estaba aquí...
PERICO. (No sé cómo
empezar á prepararlo.)
PEDRO. ¿Que no te hallas solo, dices?
No veo á nadie.
PERICO. Está claro,
no estoy solo, porque estoy...
PEDRO. ¿Con quién?
PERICO. Con usted.
PEDRO. Ah, vamos,
estar conmigo es lo mismo
que no estar con nadie. Un trasto
viejo que de nada sirve.
PERICO. Vamos tio Pedro, no tanto;
si parece usted un pino

por lo firme y lo... (Canastos,
de qué manera y por dónde,
empezaré á prepararlo!)

JULIAN. (¡Si yo lo hubiera sabido!
Vamos, estoy que me abraso.)

PERICO. Tio Pedro.

PEDRO. ¿Qué te se ocurre?

PERICO. ¿Qué es lo que está usted mirando
con tanta atencion?

PEDRO. Los restos
de mi existencia.

PERICO. ¿Quién diablos
piensa en eso?

PEDRO. ¡Otra! qué dices?

¿no pensar en el muchacho?

¿en mi Julian? en mi hijo?

Por fuerza que estás tocado...

¿Dar al olvido á mi pobre
Claudia?

JULIAN. ¡Cielos!

PEDRO. ¿Yo olvidarlos?

PERICO. Mas...

PEDRO. Más fácil es que el Ebro
se trueque en arroyo manso,
ó vuelva atrás su corriente.

PERICO. Lo comprendo, pero...

PEDRO. En tanto,

me quede un resto de vida,
vendré á sentarme á este banco,

á ver mi casa; la casa
donde felices pasaron

la vida, aquellos que están
en el cielo, hace dos años.

JULIAN. (Saliendo hasta el proscenio. Con voz desgarradora.)
¡Mi madre!

PEDRO. ¿Quién?

PERICO. (Santo Dios!)

JULIAN. ¡Muerta!... ¡muerta!

PEDRO. ¿Qué?... Un soldado?

PERICO. (Á Pedro, con alegría.)

Julian.

PEDRO. (Con asombro.) ¿Julian?

JULIAN. (Abrazándole.) Padre mio.
PEDRO. ¡Hijo!... ¡Gran Dios!... (Páusa.)
PERICO. ¿Seré bárbaro?
¿No lloro como un chiquillo?
Yo, un melitar... que he matado
más gente... (Creí que estaba
con esos pobres gagnápiros
que se tragan cada embuste
como la rueda de un carro.)
PEDRO. ¡Hijo!... ¡Bendito sea el cielo!
JULIAN. Dios la tenga en su descanso.
PERICO. Pues señor, yo no he nacido
para mirar estos cuadros;
y así, sin que ellos lo noten,
me escurro.—¿Pero qué diablos
habrá en la aldea que todos
andan en corrillos?... Vamos
á oler; es mi único oficio.
¡Le tengo un odio al trabajo!

ESCENA XII.

JULIAN, PEDRO.

PEDRO. Sí; ya no cabe dudar,
tú eres aquel que creía
muerto.
JULIAN. ¡Padre!
PEDRO. La alegría
no me deja respirar.
—¿Vienes enfermo?
JULIAN. Yo...
PEDRO. Si;
ese color...
JULIAN. Ya no es nada;
después de tanta jornada...
PEDRO. ¡Pobre!
JULIAN. Al cabo, sucumbí.
PEDRO. ¿Por qué no me has avisado?
JULIAN. Porque el mal no daba treguas
y me hallaba á muchas leguas.
PEDRO. ¡Otra! yo hubiera volado

- JULIAN. hasta lograr encontrarte.
¡Imposible!
- PEDRO. No seas niño;
con las alas del cariño
se llega á cualquiera parte.
- JULIAN. ¡Ay! si eso fuera verdad,
tiempo hace que aquí estaria,
y víctima no seria
de una infame falsedad.
Don Rufo rompió los lazos
más sagrados.
- PEDRO. Fué un impío,
cierto; pero aún, hijo mio,
te quedan aquí mis brazos.
- JULIAN. Ah, si, si; aún logro tener,
para mi consuelo eterno,
el amor de un padre tierno
y el amor de una mujer.
¡Rosa!
- PEDRO. ¿Rosa?
- JULIAN. ¿Usted presume
que mi pasion se ha deshecho?
El fuego que hay en mi pecho
ni la muerte lo consume.
- PEDRO. ¡Rosa!
- JULIAN. Despues de ocho años
de sufrir traidoras lides...
- PEDRO. Es preciso que la olvides.
- JULIAN. ¡Como!
- PEDRO. Sucesos extraños,
tu ausencia, la suerte vil...
- JULIAN. ¿Que olvide?...
- PEDRO. Dios lo ha querido;
Rosa tiene ya marido.
- JULIAN. ¡Padre!
- PEDRO. Pertenece á Gil.
- JULIAN. ¡Dios de Dios!...
- PEDRO. ¡Honda es la herida!
- JULIAN. ¿Rosa en poder de ese hombre?
Maldicion sobre mi nombre
si no le arrauco la vida.
- PEDRO. Hijo!

- JULIAN. Los dos pagarán
su infamia!
- PEDRO. Dios te contenga.
- JULIAN. Traicion con traicion se venga!
- PEDRO. ¡Nunca!
- JULIAN. ¡Los dos morirán!
- PEDRO. ¿Qué estás diciendo?
- JULIAN. ¡Infelices!
Mi madre alienta mi anhelo.
- PEDRO. Tu madre tiembla en el cielo
al escuchar lo que dices.
Tú la ofendes, tú te engañas.
¿Cuándo una madre ha querido
ver en el crimen sumido
al hijo de sus entrañas?
¿Esto te asombra quizás?
Yo al mirarte me confundo:
¿qué has aprendido en el mundo?
- JULIAN. Mucho.
- PEDRO. Entónces no serás
criminal; no puede ser;
perdonarás al malvado.
- JULIAN. ¿Yo?
- PEDRO. Al que tu bien te ha robado.
- JULIAN. ¡Nunca!
- PEDRO. Sabrás padecer.
- JULIAN. ¡Imposible!
- PEDRO. Y apagar
la cólera que te enciende.
¿Qué aprende aquel que no aprende
á sufrir y á perdonar!
- JULIAN. ¡Ay, padre!
- PEDRO. Si no te inspira
la voz de este viejo rudo,
hijo, desde hoy quedo mudo.
—¿Quieres vengarte?
- JULIAN. Sí.
- PEDRO. Mira.
(D. Rufo atraviesa la escena, guiándose con un garrote.)
¡Don Rufo!
- JULIAN. ¿Ese?

PEDRO. Aquí los dos.

—Ahí le tienes, ahí le tienes;
ciego, sin calma, sin bienes.

—¡Enmienda la plana á Dios!

JULIAN. ¡Don Rufo!

PEDRO. Por Belcebú;
con un empujon violento
le matas...

JULIAN. Si hace un momento
le salvé la vida.

PEDRO. ¿Tú?

JULIAN. Puesto al borde...

PEDRO. Ya adivino.

JULIAN. Yo le libré.

PEDRO. ¡Julian!

JULIAN. ¡Padre!

PEDRO. Así te quiere tu madre:
libertador, no asesino.

JULIAN. Quede sepultada aquí
mi dulce ilusion hermosa.

¡Rosa! (Llorando.)

PEDRO. Mira.

JULIAN. ¿Quién?

PEDRO. Es Rosa

que viene á rezar por tí.

JULIAN. ¡Oh!

PEDRO. Silencio.

JULIAN. Suerte crüel.

ESCENA XIII.

DICHOS, ROSA, de negro, que se habrá puesto de rodillas al
pie de la cruz.

ROSA. Si no es mi plegaria impía,
acoge, Virgen María,
mis oraciones por él.
Tú sabes con cuánto afan
lloré su muerte.

JULIAN. ¡Impostura!

ROSA. (Levantandose sobresaltada.)

¡Cielos! un hombre.

- JULIAN. ¡Perjura!
- PEDRO. ¡Hijo!
- ROSA. ¿Julian?
- JULIAN. Sí, Julian,
que del destierro volvió
para su daño y tu afrenta,
y viene á pedirte cuenta.
- PEDRO. Y voy á dártela yo.
- ROSA. (Cayendo de rodillas.)
¡Perdon!
- JULIAN. En vano te humillas.
¿Y usted la va á defender?
- PEDRO. Para ello me basta ver
que está á tus piés de rodillas.
Mal te han puesto el corazon
y has olvidado colijo
que eres Julian, que eres mi hijo,
que has nacido en Aragon.
Aquí se logran vencer
ejércitos y montañas,
mas no se muestran las sañas
con una pobre mujer.
Cuentas pides y la afrentas;
si ella al oírte te implora,
si está á tus piés y si llora,
¡qué más cuentas! ¡qué más cuentas!
- (Pausa. Pedro alza á Rosa.)
- JULIAN. Padre, la fria razon
de sus años, no se aviene
con las ansias del que tiene
desgarrado el corazon.
Pasar toda una existencia
acariciando avariento
una idea, un sentimiento;
sufrir ocho años de ausencia
para ver á esa mujer
—de mi amor sueño divino—
en brazos del asesino
de mi madre!...
- PEDRO. ¡Hijo!... ¿Qué hacer?
- JULIAN. ¿Qué hacer? alzar iracundo
mi voz; hacer que mi pecho

estalle en iras deshecho.
Padre, si no hay en el mundo
poder humano que impida
rugir á la mar violenta,
¿quién domará la tormenta
que ruge aquí embravecida.

ROSA. ¡Julian! (Rápido.)

JULIAN. Á esa cruz invoco.
¿Qué fueron tus juramentos?

ROSA. Tú no sabes mis tormentos.

JULIAN. Hay para volverse loco.

PEDRO. Creyó tu muerte, y advierte...

JULIAN. Que voy á perder la calma;
amor que arraiga en el alma
dura aun despues de la muerte.

PEDRO. Tú en tu larga correría,
has visto en cosas de amor
un mundo mucho mejor
de lo que yo me creía.

¿Qué has visto, Julian, qué has visto?

JULIAN. Infamias, torpes amaños,
falsías y desengaños.

PEDRO. No digas más. ¡Vive Cristo!
Y despues de haber visto eso
quieres que haya en esta aldea
una mujer que no sea
cual todas de carne y hueso!
Que al estar en la agonía,
sin pan, sin padres, sin novio,
sufra impasible el agobio
de un hombre que noche y dia
viene á su reja á decir
«Rosa: mi amor es profundo;
»no tienes nada en el mundo;
»¿quieres casarte?» Es decir,
que tú, que sólo has hallado
en el mundo que has corrido,
mujeres que se han vendido
y hombres que se han engañado,
buscas aquí mujer tal
que con el agua en la boca
aguante como una roca

el diluvio universal.
Quita allá, y piensa con sana
razon.

JULIAN.

¡Padre!

PEDRO.

Vuelve en tí.

¿Pensas que yo no sufrí
con la boda? La mañana
que ésta trajo la cancion
y me dijo con quién era,
de buena gana la hubiera
echado por un balcon.

Mas poniéndome en la cierta
dejé mi forma agresiva,
tuve lástima á la viva
y suspiré por la muerta.

Hoy Rosa, sufre quizás;
tu presencia la anonada.

JULIAN.

¡Rosa!

ROSA.

Soy muy desgraciada;
más que tú; mil veces más.

(Aparece Gil y con paso lento y ademán sombrío se
coloca junto á Rosa.)

ESCENA XIV.

DICHOS, GIL.

GIL.

(Reprimiendo la ira.)

¡Tiempo hace lo presumí!

JULIAN.

(¿Es él? mi razon se ofusca.)

PEDRO.

(Deteniéndole.)

¡Oh!

JULIAN.

No soy yo quien le busca,
es él quien viene hasta mí.

PEDRO.

(Julian, á tu madre apelo;
deja que descansa en paz.)

ROSA.

(Nunca te creí capaz
de ese engaño.)

GIL.

(¡Vive el cielo!
¡Ya comprendo tu inquietud!

Ese hombre..)

ROSA.

(Con su presencia,

- hoy ha puesto en evidencia
tu infamia y mi ingratitud.)
GIL. (¿Confiesas tu amor?)
ROSA. (Jamás
habrá razon que me arguya;
mi honra, mi virtud es tuya.)
GIL. (Rosa!...)
ROSA. (No me pidas más.) (Váse.)
GIL. ¡Oh!
PEDRO. Por un torpe engaño
que te inspiró Lucifer;
conseguiste una mujer.
¡Hoy lloras tu desengaño!
—Vete.
GIL. ¿Yo?
PEDRO. Aunque no te cuadre.
Tu crimen no tiene nombre.
Vete, no se acerque ese hombre
á reclamarte su madre.
(Gil se estremece, y como poseido de un terror su-
persticioso, se aleja.)

ESCENA XV.

JULIAN, PEDRO.

- PEDRO. Julian, ¡valor!
JULIAN. Quede aquí
muerto mi amante deseo.
Por última vez la veo.
¡Qué más quiere usted de mí!
PEDRO. Que seas á la honra fiel;
que la olvides si me quieres.
JULIAN. ¡Oh!
PEDRO. No diga ese hombre que eres
tan infame como él.
JULIAN. ¿Y quién la puede arrancar
de aquí?
PEDRO. Dios.
JULIAN. ¿Dios? No lo espero.
PEDRO. ¿Dudas?
JULIAN. Dudo.

(Perico sale dando voces y brinco de alegría. Trae chaqueta amarilla, alpargatas, gorra de cuartel, un morral á la espalda y un garrote en la mano.)

ESCENA XVI.

DICHOS, PERICO.

PERICO.

Compañero,
vaya un cisco singular
que se ha movido.

JULIAN.

¿Qué pasa?

PERICO.

Que se halla toda la aldea
como en día de vendimia
ó en noche de noche-buena;
que todos van por las calles
corriendo que se las pelan,
con los puños como mazas
y los ojos como yescas.
Solos están los cortijos,
y las campiñas desiertas,
sin un mayoral los hatos,
sin un segador las eras
y están cabañas y chozas
como en los días de fiesta.
¡Vaya un cisco, Julianillo,
no se ha armado mala gresca!
Los unos cogen las hoces,
los otros las podaderas;
aquel un legon, los otros
los restos de una escopeta
ó el rabo de una sartén,
ó el rabo de una cazuela.
¡Y las mujeres! Toiticas
van de Ceca para Meca
empuñando los badiles
y echando al traste las ruecas.
No hay voz que no se levante
ni brazo que no se mueva,
ni corazón que no lata,
ni sangre que no se encienda;
que á la honra de España tocan,

y en llegando á esta materia
no hay lágrimas, ni suspiros,
ni desmayos, ni pamemas,
sino coraje en el pecho
y ardiente fuego en las venas.

JULIAN. En fin, sepamos, ¿qué pasa?

PEDRO. Sí, que estamos en tinieblas.

PERICO. Toma! toma! ¿pero es cierto
que ustedes?.. ¿esta si es buena!
Si hasta los perros y gatos
lo saben.

JULIAN. ¿El qué?

PERICO. La afrenta.

JUL. y PED. Cuál?

PERICO. ¿Cuál? que el pendon de España
anda rodando por tierra
de un puntapié que le han dado
unas kabilas muy fieras
que han cavilado sin duda
que somos niños de teta.

JULIAN. ¿Los moros?

PERICO. Justo, los moros.

PEDRO. Han tenido la insolencia?...

PERICO. De plantar la media luna
sobre nuestra cruz.

JULIAN. ¿Y piensan
que no ha de costarles cara
tal accion?

PEDRO. España entera
se alzará para vengarse.

PERICO. ¿Para vengarse? Ya, buena
gente somos aquí para...
No hay más que leer la Gaceta
que ha recibido el alcalde.
Allí está escrito, con letras
de molde, la gran sesion
que ha habido en Madrid; al leerla
el alcalde, á toíticos
nos ha subido á manera
de una grande fogarata,
y plaf, explosion completa.
Todos quieren engancharse

de voluntarios; la gresca
sube de punto, y hay hombre
que se ha comido la oreja
de un moro (se entiende, en sueños).

JULIAN. Y bien, padre; esa es la senda
que Dios me señala.

PERICO. Justo.

¡Ole con ole, morena!
vamos á matar más moros
que puntos tiene una media.

PEDRO. ¡Pobre del viejo caduco
qué triste y solo se queda!

JULIAN. Yo con usted.

PEDRO. No lo pienses.

JULIAN. Padre, mi deber...

PEDRO. Te ordena
dar tu sangre por tu patria
para lavar sus ofensas.

JULIAN. ¿Y habré de dejar á usted
sumido así en la miseria?
Jamás.

PERICO. Aquí viene el Porro,
que parece una centella.

ESCENA XVII.

DICHOS, EL PORRO.

PORRO. ¿Está aquí Julian?

JULIAN. ¿Quién es?

PORRO. Este pliego.

JULIAN. ¿Á ver? Urgente. (Lee.)

PORRO. (Con que es moneda corriente
que no murió.

PERICO. Ya lo ves.)

JULIAN. Esto mitiga mi afan.
Es del coronel Herrera. (Á Perico.)

PERICO. ¡Diantre!... ¿Qué dice?...

JULIAN. Que espera
al subteniente Julian?

PEDRO. ¿Tú?

JULIAN. Me queria bastante.

- PERICO. ¡Subteniente!
- PORRO. ¡Anda, Perico!
- PERICO. Vamos, tío Pedro, que el chico es un mozo *echao pa alante*. Claro está que tú, que yo... digo, que usted...
- JULIAN. No seas niño.
- PERICO. Todo esto lo hace el cariño de la pobre vieja.
- JULIAN. ¡Oh!
- PEDRO. Rogando está á más y más á Dios por tí.
- JULIAN. ¡Pobre madre!
Gracias á tí, tendrá padre sustento.
- PEDRO. Y ascenderás.
- JULIAN. ¿Y qué me importa ascender? tocar la cumbre más alta, ¿qué me importa? ¡si me falta el amor de esa mujer! Sin ella no hay ilusion, que es ella mi vida entera.
- PEDRO. ¿Y la patria que te espera, no alienta tu corazón?
- JULIAN. Cuando en el trópico ardía el sol que mi sien quemaba, yo al verle le saludaba y al saludarle decia, derrama tu fuego en mí, que tú eres el mismo sol que alumbra al pueblo español, la patria donde nací.
- PEDRO. (Abrazándole con efusion.)
¡Julian!
- PERICO. ¡Bravo!
- JULIAN. Tengo sed de luchar.
- PERICO. Y yo á tu lado.
- PEDRO. Y todo español honrado.
(Se oyen voces de entusiasmo.)
- JULIAN. (Cayendo de rodillas.)
Padre, bendígame usted.

PEDRO. Ocho años hace lloraba
al pie de esa cruz un padre,
y casi muerta una madre,
á Dios por su hijo rezaba.
Nada el dolor mitigó,
y es que el alma presentía
que el hijo al partir perdía
los séres que tanto amó.
Hoy, aliviando mi afán
la voz que en torno resuena,
alzo la frente serena
y te bendigo, Julian.
Vas por la patria á morir...
¡Otra ánsia en mi pecho lidia:
no es el temor, es la envidia
por no poderte seguir!

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- DON TOMÁS II..... Comedia (hasta cierto punto) en un acto
y en verso.
- OTRO DIABLO COJUELO..... Revista en un acto y en verso. ¹
- LOS CELOS DE UNA VIEJA... Comedia en un acto y en verso. (Segunda
edicion.)
- LAS QUINTAS. Drama en dos actos y en verso.

¹ En colaboracion con D. Fernando del Pozo y Paluchi.

UNIVERSITY OF TORONTO

THE UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
130 St. George Street
Toronto, Ontario
M5S 1A5

1971

AN ACQUISITION OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

1971

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabezas.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Fuijol
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Mahón.</i>	P. Vincent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Malaga.</i>	J. G. Tabeada y P. d
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.		Moya.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Olona.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Andújar.</i>	D. Garacuel.	<i>Mondonedo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Aranuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos
<i>Astilla.</i>	S. Lopez.		de Andrion.
<i>Avilés.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Orihuela.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
	Bartumens y I. Cerdá.	<i>Palencia.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Bejar.</i>	J. Teixidor.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert.
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrera.
<i>Burgos.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Cabrá.</i>	R. Montoya.	<i>Priego (Cordoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Caceres.</i>	H. K. Perez.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valderrama.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Puerto-Rico.</i>	J. Mestre, de Mayagüez
<i>Catalayud.</i>	F. Molina.	<i>Requena.</i>	G. Garcia.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Poggi, de Santa	<i>Reus.</i>	J. Prius.
	Cruz de Tenerife.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez.
<i>Carolin.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreno.	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldete.
<i>Castroudiales.</i>	I. Ocharán.	<i>Sanlúcar.</i>	J. de Oña.
<i>Ceuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y	<i>Santander.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
	M. Garcia Lovera.	<i>Santiago.</i>	B. Eseribano.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ecija.</i>	J. Guilli.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Ferrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Figuera.</i>	M. Alegre.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Tarragona.</i>	V. Font.
<i>Gijón.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Granada.</i>	J. M. Fue asalida y Viuda	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
	de Hijos de Zamora:	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
<i>Guadalajara.</i>	R. Ohana.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Habana.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Haro.</i>	P. Quintanna.	<i>Tuy.</i>	M. Martinez de la Cruz
<i>Huelva.</i>	J. P. Osorio.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
<i>Huesca.</i>	R. Guillen.	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J.
<i>Irun.</i>	R. Martinez.		Mariana y Sanz.
<i>Látiva.</i>	F. Perez Fluixá.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover y H. de Rodrig.
<i>León.</i>	J. Alvarez dex Sevilla.	<i>Vich.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Lérida.</i>	J. Urquiza.	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Linares.</i>	Minon Hermano.	<i>Villanueva y Celtrá.</i>	L. Creus.
<i>Logroño.</i>	J. Sol e hijo.	<i>Vitoria.</i>	J. Orquendo.
<i>Lorca.</i>	J. M. Caro.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
	P. Briebe.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
	A. Gomez.	<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Comin y
			Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Principe.

